

REVISTA  
DE  
COSTA RICA

CIENCIAS Y LITERATURA

AÑO I. MAYO 1892 N. 1.

*Serie II*

SUMARIO

- I—LOLITA, por Ricardo Fernández Guardia.
- II—LA TARDE Y LA NOCHE, poesía, por Justo A. Facio.
- III—MENUDENCIAS FILOSÓFICAS, por Juan F. Ferraz.
- VI—CROMO, poesía, por Numa P. Llona.
- V—RETRATO A LA PLUMA, por Román Mayorga Rivas.
- VI—NEGRO, poesía, por Justo A. Facio.
- VII—CRÓNICA, por Manuel Argüello de Vars.
- VIII—NOTAS.

DIRECTOR PROPIETARIO JUSTO A. FACIO.

SAN JOSE.

Tipografía del Comercio

CALLE 18. N. N.º 241.

REVISTA  
DE  
COSTA RICA

---

Literatura y Ciencias

---

AÑO I

M A Y O, 1892

Nº 1

*Serie II*

---

DIRECTOR PROPIETARIO—**JUSTO A. FACIO**

---

SAN JOSE  
Tipografía del Comercio.  
CALLE 13, N., Nº 241

---

## LOLITA

---

**A**l salir, un año antes, de la hermosa sala del Teatro Real, aburrido de ver desfilar capuchones y corbatas blancas durante toda una noche, había jurado, allá para mis adentros, que no volvería á poner los pies en un baile de máscaras. Con todo, me apresuré á aceptar el asiento que en su palco me brindaba un amigo doce meses después y en ocasión semejante. Para el que una vez ha estado en un baile de máscaras, no tiene este espectáculo famoso otro atractivo que el de la aglomeración y bullicio de la gente; lo demás es completamente insulso. Muy lejos están ya los tiempos en que á favor de una caretá se corrían aventuras y forjaban intrigas de que solían resultar la caída de una duquesa en brazos de un estudiante,

la revelación de un secreto de Estado y á veces también una puñalada. El carnaval está muerto en todas partes y lo que de él nos queda no es más que un remedo, como si dijéramos, su propia máscara. Sin embargo, los bailes en que se lleva la cara oculta por una tira de raso son todavía uno de los ensueños favoritos de la juventud; en París, el primer capricho que satisface una recién desposada, es el de ir con su marido al baile de la Opera, el más fastidioso y tonto de cuantos se pueden ver.

Madrid es una de las ciudades donde con más fervor se conservan los restos del carnaval y sobre todo los bailes públicos de máscaras. Varios son los teatros que ofrecen anualmente esta diversión, entre otros el Real, cuyo primer baile es un acontecimiento de grande importancia, á que ninguno que pretenda seguir el movimiento que llaman mundano, deja de asistir, así lluevan rayos y centellas ó nieve con el vientecito del Guadarrama, que es peor. A la media noche comienza el baile, que lo es en el nombre solamente, pues no se baila por lo general. Todo se reduce á rebullirse con mucho trabajo en medio de los fraques y dominós que inundan la platea unida con el escenario, en cuyo extremo se halla encajonada la orquesta, sin

que sus valeses soñadores y polkas vivarachas logren sacar á los asistentes de la fría y amañada circunspección que les imponen el buen tono y la presencia de las damas aristócratas encastilladas en sus palcos.

Después de recoger una buena cosecha de pisotones y codazos, fui á refugiarme en el palco de mi amigo. Allí me encontré con una brillante reunión en que no escaseaban los buenos palmitos ni las botellas de champaña. Reinaba la más franca alegría á favor de los discretos cortinajes que velaban el antepalco, poniéndole así á cubierto de la curiosidad de los chismosos de ambos sexos, que suelen ser muchos en esta clase de reuniones. El palco estaba muy favorecido; á cada instante sonaba un golpecito en la portezuela, descorriase el cerrojo, y adelante, nuevas máscaras.

—¿ Me conoces ?

—Sí; tú eres Pepa.

—¡Uy! y qué poco olfato tienes; soy Concha, hombre, Conchita. Mira que llamarme yo Pepa!

—Perdone V., princesa, y vaya una copa para esa boquita.

—Venga. . . . . ¡ á tu salud, buen mozo !

—Gitana, retrechera,

---

Y seguían los dicharachos y las risas, en medio del tintineo de las copas y el estallido de los corchos y los besos. Se marchaban aquéllas y luego venían otras que todos conocíamos, las de siempre, las de todos los días, apenas desfiguradas por el dominó y la careta de raso. La escena que en un principio divertía acababa por convertirse en empalagosa, á fuerza de ser siempre la misma. Concluí por dejar el antepalco, yendo á parar á una butaca desde la cual podía observar la sala á mi sabor. Eran próximamente las tres de la madrugada, hora en que tienen por costumbre retirarse las damas encopetadas que anual y religiosamente cumplen con el deber de aburrirse durante tres horas en el baile del Real. El ruido de las francachelas de que eran teatro varios antepalcos se iba haciendo más distinto, y algunas parejas comenzaban á dar señales de impaciencia cada vez que de los pitos trasnochados de la orquesta salía una polka retozona de Farbach. Una que otra máscara andaba por ahí enredando con voz de falsete en medio de los grupos que formaban los hombres, muy tiesos y espetados en sus fraques negros; y con agradable disonancia se percibían de vez en cuando los brillantes colores de un dominó caprichoso, ó la nota clara y chillona de un

pañolón de Manila. Hubo un momento en que todos bajaron precipitadamente al salón; una pareja se había atrevido á bailar, luego otra, y otra, y por fin todas, con entusiasmo, con rabia, como para tomar desquite de las horas en que había sido preciso guardar compostura y seriedad. Los violines se contagiaron, lanzando alborozados sus notas agudas; y un aire tibio y voluptuoso, impregnado de mil esencias femeninas, el aire de los bailes, se desprendía á bocanadas de aquella multitud de locos.

Habíame quedado solo en el palco, y ya estaba pensando en aprovechar esta ocasión para escaparme cuando el chas chas de un abanico me hizo volver la cabeza. Cerca de mí estaba una mujer, una mujer joven y bonita; esto lo adiviné á pesar de la careta que conservaba puesta. La posición que había tomado en la butaca parecía indicar cansancio: la cabeza echada hacia atrás, se apoyaba en la pared, y los delicados contornos de su cuerpo, estirado á la larga, se marcaban en el dominó de raso negro que la cubría y por cuya extremidad asomaban dos piesecitos pequeños y estrechos. La careta dejaba entrever un pedacito de garganta, blanco como la nieve. Sin podérmelo explicar, aquella mujer me interesó desde el momento en que la

ví. Traté de reconocerla, pero en vano. ¿Quién podría ser? ¡Bah! Ninguna princesa á buen seguro; una de tantas probablemente. Pero en este caso yo debía de conocerla, y á no dudarlo era la primera vez que me encontraba con ella. Mi curiosidad iba en aumento á medida que las suposiciones se multiplicaban en mi imaginación. ¿Habría dado yo acaso con la aventurilla que todos soñamos cada vez que volvemos á un baile de máscaras bien provisto de renovadas ilusiones? ¿Sería aquella la mujer casada en busca de consuelo, ó la colegiala traviesa que salta por los balcones? Nada, nada, fuera tonterías y á preguntárselo á ella misma. El hecho de hallarse tranquilamente instalada en el palco, probaba desde luego que no podía ser desconocida para mis amigos, ó cuando menos para nuestras compañeras de placer. Ella no parecía cuidarse de la atención con que yo la miraba y seguía abanicándose con ese movimiento cadencioso, lleno de gracia y elegancia, cuyo secreto pertenece á la mujer española.

—Mascarita—dije aproximándome á la desconocida,—me parece que te han dejado sola.

Después de mirarme al través de la



---

careta me contestó con marcado acento andaluz:

—Eso mismo me parece á mí. ¿Y tú? ¿No bailas?

—Muy poca gana tengo de hacerlo. Prefero irme á la cama.

—Vamos, que en todo estamos conformes. Si no fuera por esa loca de Asunción ya estaría durmiendo. Pero nada, está propuesta á no marcharse de aquí en toda la noche y yo.... ¡qué aburrimiento!—y se tapó la careta con el abanico como para ocultar un bostezo.

—Pues bien, mascarita; ya que los dos nos fastidiamos, ya que ambos estamos solos, consolémonos mutuamente y para comenzar enséñame esa carita de Cielo.

—¡Jesús, y qué pronto arreglas tú las cosas! ¡Caramba con el hombre!

—Estoy seguro de que al verte se me va á quitar el sueño y el fastidio y.....

—Y la gana de volverme á ver—interrumpió ella con una risa fresca.

—No me hagas penar más tiempo, mascarita. ¿Cómo te llamas?

—Lola.

—Me gusta el nombre. Lola, Lolita de mi vida, déjame que te vea; quítate esa careta, ingrata.

—Cuando me veas la cara ya no me vas á querer; no sabes bien todo lo fea que soy.

—¡Fea tú! Embustera, mala sombra.

Y al decir esto me iba acercando más y más, lleno de emoción y curiosidad.

—¡Jesús.....qué hombre!—exclamó ella con zumba, al propio tiempo que se arrancaba la careta con un movimiento rápido, volviéndosela á poner en seguida.

¡Qué bonita era! Una carita encantadora; ojos grandes y oscuros, boca encarnada y dientes muy blancos; estos fueron los únicos detalles que pude atrapar; y si á esto se añade lo que á la vista tenía, es decir, su fino y bien calzado pie y sus manecitas delicadas, se verá que el conjunto era delicioso. Para mí la mujer comienza en la mano y en el pie; el resto viene después.

—Lola, Lola, llamó una voz desde el pasillo. Descorrí el cerrojo y entró Asunción muy sofocada. Detrás de ella venían mis compañeros de palco en muy buena compañía.

—Chiquilla, vente, vamos á cenar á Formos. Date prisa, que es muy tarde. Este caballero tendrá mucho gusto en ofrecerte el brazo—añadió dirigiéndose á mí.

—Asunción me ha adivinado el pensamiento—díjele;—tendré mucho, muchísimo gusto en que seas mi pareja, mascarilla.

—Zalamero—me contestó ella agarrándose del brazo que la ofrecía.

Julián nos había reservado uno de los mejores gabinetes de Formos, como á buenos clientes que éramos suyos. En tanto que se hacía la lista y nos instalábamos, interrogué á Asunción con disimulo acerca de Lolita. «Es una chica monísima, que viene llegando de Granada,» fué lo único que supo contestarme. Al tomar asiento en torno de la mesa, sobre la cual nos esperaban las ricas ostras del Cantábrico y la ensalada rusa, cayeron las últimas caretas, obteniendo mi vecina un triunfo; en menos de un minuto le llovió todo el repertorio de piropos andaluces, tan en boga hoy en día. Pasado el primer chaparrón de oles, vivas y bendiciones, comenzó la granizada de preguntas y pullas. «¿Dónde había descubierto aquella alhaja? ¿Estaría yo pensando acaso que tan rico bocado había de ser para mí solito?» Y por el estilo.

—Señores—grité dominando el bullicio, —conozco á mi encantadora vecina tanto como vosotros; mejor dicho, no la conozco.

Solamente sé que se llama Lolita y que viene de Granada.

—¡Olé por Granada!—contestaron todos en coro.

—Ea, señores, á cenar—añadí al ver que las mujeres allí presentes comenzaban á impacientarse por tanta admiración tributada á una sola.

El dorado y frío champaña llenó las copas y el choque alegre de los tenedores vino á recordarnos que llevábamos algunas horas de ayuno. Un ruido de palmas y guitarrero proveniente del gabinete vecino, aumentaba la algazara que no era poca. Se charlaba por los codos; y mi vecinita, armada de su picante cháchara andaluza, llena de imágenes, hacía frente con mucha gracia á las embestidas de que era objeto á cada instante. Sin embargo, cierta timidez mal encubierta por un desparpajo más fingido que verdadero, indicaba á las claras que no era todavía muy ducha en el movido y extraño género de vida que había adoptado. La cena se prolongó hasta el día, cuyos pálidos reflejos invernales penetraron por entre las cortinas, apagando el amarillo resplandor de las velas. Había llegado la hora de recogerse.

A la puerta de Formos no faltan nunca coches y cocheros trasnochados para uso de

los noctámbulos; acercóseme uno de ellos y me ofreció su berlina. El frío que toda la noche había sido intenso apretaba de firme, y un vientecillo como puntas de alfileres penetraba sin compasión por entre capas y gabanes. Lolita se puso de un salto dentro del coche.

—¿A dónde vamos?—preguntéle—¿A tu casa?

—No, allí no—respondióme con un sobresalto que no pudo disimular y que me llamó la atención.

A casa—dije al cochero que conocía las señas de la mía por haberme servido otras veces, al par que me acomodaba junto á la hermosa granadina.

Ella tiritaba debajo del ligero dominó, incapaz de preservarla del frío. El coche salió rodando, arrastrado por el infeliz jamelgo que había pasado la noche entera fuera de la cuadra. Por la entonces desierta calle de Alcalá comenzaban á retirarse los serenos, presurosos y bien forrados en sus gruesos y lanudos chalecos, con la faja de cuero atestada de llaves y cubierta la cabeza por la gorra de piel; las cuadrillas de barrenderos desfilaban tristemente con la escoba al hombro, haciendo resonar sobre el pavimento sus zapatones claveteados y las burras de la leche

sacudían en monótono campanileo, las esquilas colgadas á sus cuellos.

Llegamos. Sobre el mármol de la chimenea de mi salita de soltero, ardía una lámpara que noche á noche me dejaba allí el viejo Paco, mi buen criado. Avivé la luz después de echar sobre una silla el gabán de pieles que me cubría. Un resto de aire tibio templaba la habitación. Ella se había quedado parada en medio de la sala.

—Ven, le dije, tomándole una mano y llevándola hacia el espejo que descansaba sobre la chimenea;—voy á mostrarte la mujer más linda que han visto mis ojos.

Sin responderme nada miró sonreída y satisfecha su primorosa figura, reflejada en el cristal. ¡Bien sabía la muy pícara que era cierto lo que yo decía! Luego, con mucho despacio, fué sacando los botones de su dominó, mientras que en pie detrás de ella esperaba yo el momento de quitárselo. De pronto apareció el cuello, delicado, blanco, un cuello hecho á torno, sobre el cual juguetaban algunos rizos de sus cabellos castaños. ¡Qué delicia! Apoyé mis labios secos de deseo en aquella nuca tersa, aspirando embriagado de placer la fragancia de la carne tibia y olorosa.

## II

Hasta aquí la historia vulgar, lo de todos los días, una de tantas escenas de la vida holgazana y sensual de Madrid, la pasioncilla de veinticuatro horas, olvidada en seguida por otra igual. Lo inaudito, lo increíble era lo que me estaba pasando con aquella muchacha de veinte años, bella como Venus, y con todos los ardores del sol de Andalucía circulando por el cuerpo. Yo estaba enamorado, si señor, yo, el escéptico, enamorado hasta las telillas. ¿Y ella?..... Nada, que al día siguiente cuando la vi pronta á marcharse, envuelta en su mantilla negra, se me partió el corazón. La cogí entre mis brazos y cubriéndola de besos la dije: «No, mi alma, tú no te irás de aquí; quédate hasta mañana siquiera.» Y al día siguiente la misma escena, y pasaban días y Lolita allí conmigo, siempre juntitos, porque yo no salía á no ser con ella, de noche, para irnos á ocultar en el fondo de un palco de Apolo ó de la Zarzuela. A nadie recibía y hasta mis amigos más íntimos se topaban en la puerta con la consigna de que el señorito no estaba en casa. El viejo Paco refunfuñaba y ponía mal gesto; su obstinado silencio era como una protesta muda contra la intrusa que osaba

ingerirse en sus atribuciones, porque Lolita se había propuesto volver la casa del revés, y yo me derretía de gusto cuando ella andaba por ahí trasteando y metiendo bulla, mientras que bien arrellenado en mi butaca favorita, iba echando cigarrillos uno tras otro.

Dos semanas hacía que llevábamos este género de vida, dos semanas que á mí se me figuraban dos días. Lolita á quien yo solía llamar Dolores, prefiriendo este nombre sonoro y castizo á su diminutivo, sólo había salido dos veces durante este tiempo á sus quehaceres. En ambas ocasiones volvió pensativa y acongojada. Yo la interrogué, pero nada respondió á mis preguntas; tampoco quiso darme las señas de su casa, pretextando que era muy fea y que en ella no podía entrar un señorito de tantas ínfulas. En cuanto á su vida se mostró desde un principio muy comunicativa; era la misma historia de otras muchas. No sabía quién era su padre; desde muy niña, siempre la miseria, el hambre. Una noche su madre la hizo lavarse, la vistió lo mejor que pudo y le mandó seguirla. Luego una callejuela, un portal obscuro cerrado por una mampara, y por último una infamia. Después la vida azarosa



del vicio, hasta que un día huyó de Granada y se vino á Madrid con *uno*.

Aquella pobre niña lanzada al fango desde muy temprano, poseía, sin embargo, una delicadeza de sentimientos y aun de forma, muy ajena á la esfera baja y viciosa en que se había criado. Tal vez era preciso buscar la razón de esta anomalía en la influencia de un padre desconocido, en una de esas manifestaciones del atavismo que son un misterio. El hecho existía y esto me bastaba. Algunos buenos ejemplos y el roce constante con gentes cultas, acabarían de pulir su naturaleza sensible y tan bien dotada de la facultad de asimilarse lo bueno. Yo me desvivía por afinar más y más la joya con que la fortuna me había hecho tropezar; y cuando notaba un progreso, cada vez que aparecía una faceta nueva, un orgullo semejante al del artista triunfante se apoderaba de mí. Quise verla adornada con todos los recursos de la elegancia y el buen gusto, y era cosa de admirar cómo sus manecitas de duquesa se iban puliendo, y lo bien que estaba su cinturita en los trajes de la modista parisiense.

Tras de una serie de días desapacibles y fríos, vinieron otros más templados y llenos

de sol, de ese sol de España tan claro y brillante, que aun en lo más crudo del invierno tiene siempre una buena provisión de rayos bien calentitos. Nos íbamos entonces al Retiro, á la hora en que no hay nadie, por la mañana, á tomar un baño de sol y luz por las desiertas calles, que sus hileras de árboles enclenques y desnudos sombreaban apenas. Si volvía la oscuridad y la nieve, nos quedábamos al lado de la chimenea bien provista de leños, charlando amorosamente mientras caían en tropel los copitos blancos que iban luego á fundirse en el lodo de la calle.

Lo que á mí me estaba pasando no era un misterio para mis amigos; cómo habían podido averiguarlo no lo sé, pero lo cierto es que se hallaban perfectamente al tanto de mi encierro y hasta tenían conocimiento de mis escapatorias estudiantiles, y ¡horror! de los paseitos sentimentales y matutinos! ¡Cómo se reirían de mí! Pero esto me tenía sin cuidado; yo me sentía revivir al contacto de aquella mujer tan seductora y llena de ardiente juventud. Las cosas que antes se me figuraban ridículas y necias, me parecían ahora naturales; y á impulsos del amor que me ahogaba, renacían en mi corazón ternu-

ras y delicadezas de adolescente. Ella se dejaba querer con mohines de reina. ¡Reina! vaya si lo era; reina de la hermosura, digna de llevar una corona de perlas y rubíes en su frentecita real.

—Mira, solía decirme á menudo con su media lengua andaluza, yo no he nacido para la vida que hasta ahora he llevado; esta otra me conviene mucho más. Aquí metida entre estas cuatro paredes, bien quietecita y con un maridito así como tú. ¡Por qué no me conociste antes, cuando estaba allá en Granada y era buena todavía?

Y yo me quedaba largo rato embebecido y pensando en que tenía razón. ¡Qué felices habríamos podido ser! Nos hubiera hechado la bendición el Sr. Cura, y nadie, nadie en el mundo habría tenido una mujercita tan linda como la mía. Una noche en que fuimos á ver un estreno en Apolo, sucedió una cosa de que aun tengo muy claramente el recuerdo. Veníamos saliendo estrujados en medio de las dos filas que forman los hombres á la puerta de los teatros para ver salir á las mujeres, cuando de pronto, ya cerca de la puerta, sentí temblar su brazo y me pareció que se estrechaba contra mí; al propio tiempo observé que un individuo, cuya traza tan-

---

to podía ser la de un torero como la de un cantador de café, nos miraba fijamente, casi con insolencia. «¿Quién es ese hombre?» la pregunté en voz baja. «No le conozco» me contestó ella con un acento en que se traslucía la mentira. Durante el resto del trayecto no cambiamos una palabra más. Esta fué la primera sombra que vino á empañar la claridad de mi cielo.

Durante los días que siguieron á este acontecimiento, no pude dejar de pensar en el hombre que se había atravesado en nuestro camino á la salida de Apolo. Me parecía estarlo viendo, con su cara afeitada y cónica, y el sombrero de ala tendida ligeramente inclinada sobre la oreja. La mirada de aquel hombre tenía un no sé qué amenazador que me inquietaba. Hubiera dado mucho por aclarar el punto y saber quién era, pero aunque tenía la seguridad absoluta de que Lolita le conocía, una especie de temor indefinido me cerraba la boca.

Llegó por fin un día en que no me fué posible excusarme de salir; debía ir con precisión á una comida que daban unos parientes míos. Lolita trató de impedírmelo con una insistencia que acabó de meterme en curiosidad. Yo procuraba convencerla ofre-

ciéndole volver temprano, pero no valían razones. «No vayas» y «no me dejes sola» era lo único que me sabía responder. Y en verdad que se necesitaba mucha energía para resistir á los mimos con que acompañaba sus ruegos. La comida se me hizo interminable y más aun el palique de digestión que se prolongó hasta las once de la noche, hora en que salí disparado para mi casa.

Tenía ansia de encontrarme á su lado, pareciéndome que no la había visto en un año. Trepé las escaleras saltando los peldaños. Una vuelta del llavín y ya sólo me separaba de ella el espesor de la puerta. Me detuve un momento para tomar resuello.... Allí estaría, bien arrebujaada en las sábanas, con sus magníficos cabellos castaños desparrramados sobre las almohadas blancas y sus ojazos pardos entornados por el sueño.... Es preciso no meter ruido para robarle un beso de su boquirrita fresca..... Ya rueda silenciosa la puerta sobre sus goznes.... ¡qué rico olor! iris de Florencia, el suyo.... Ras, una cerilla... ¡Maldición! ¡No está!

Me lancé por las habitaciones llamándola; una congoja horrible me devoraba y un nudo me constreñía la garganta. A mis voces acudió el viejo Paco soñoliento y malhumorado.

—¿Dónde está? dime dónde está?, le grité sacudiéndolo por un brazo.

—Se ha marchado, señorito, se ha marchado con un hombre, con un tipo.

—¿Qué hombre es ese? Responde.

—No le conozco; parecía un torero. Ya sabía yo que esa pájara le daría un disgusto al señorito.

—Calla. ¿Cómo ha sido eso? Dilo pronto.

—Nada; que á poco de marcharse el señorito, vino aquí ese hombre.....

—¿Y tú le dejaste entrar?

—No; yo traté de impedirselo, pero ella salió á las voces. Todo fué verla que él se puso como loco, tratándola muy mal y alborotando la casa..... Nada, que se la llevó sin darle tiempo tan siquiera para coger un mantón.

—¿Y ella?

—Ella parecía una muerta, pero no hizo por donde quedarse.

—¿Y dices que ese hombre parecía un torero?

—Torero ó cosa así; tenía muy mala facha.

Ya no era posible dudar. Se había marchado con otro y ese otro era el hombre del

---

teatro de Apolo, me lo decía el corazón. Entré lentamente en la alcoba, me eché sobre la cama, impregnada aún de la fragancia de su cuerpo, y allí, abrazado de una almohada, lloré como un niño.

\*  
\* \*

Nada hice por donde buscarla ni quise saber más de ella. Tanta ingratitud me había descorazonado. Transcurrieron algunos meses sin que pudiera olvidarla. Un día recibí una carta: era suya. Deseaba verme, explicarme; había también una frase de amor que me enfureció. Hice mil pedazos el papel. Busqué de nuevo á mis amigos; comenzaron otra vez las orgías. Pasó un año y otro, y ya su recuerdo era apenas una sombra en mi corazón. Volvió febrero y con él el carnaval y los bailes de máscaras.

\*  
\* \*

Hoy es el primero del Real; mucho cuidado con faltar. No por cierto, no faltaré. Y á eso de la media noche, bien embozado en mi capa para no pillar una pulmonía, me encamino hacia el regio coliseo, cortando por unas callejuelas.

—Caballero, dijo cerca de mí una voz

dulce y triste que me hizo estremecer. Me volví sobrecogido. A dos pasos estaba una mujer vestida con el mantón y pañuelo de las chulas. Un rayo del vecino farol le caía sobre la cara. ¡Cielos! ¡Lolita!.....Si, es ella! La misma Lolita; siempre hermosa, pero ajada y envilecida. Eché á correr por la calle abajo, sin darme cuenta de lo que hacía. Al volver de una esquina me detuve y miré hacia atrás.

Allá á lo lejos, se destacaba á la luz amarillenta y saltona de un reverbero, la silueta de la mujer que se había llevado el último pedazo sano de mi corazón.

RICARDO FERNANDEZ GUARDIA.



## LA TARDE Y LA NOCHE

—O—

CUANDO el astro rey detiene  
su carroza deslumbrante  
sobre las cumbres lejanas  
en donde fija sus reales,  
y se reclina, y el manto,  
á que presta el oro esmalte,  
de sus hombros de coloso  
deja rodar al desgáire,  
buscando paz y silencio  
entonces trémula sale  
y por el espacio vaga  
como perdida la Tarde.  
Es una virgen modesta  
cuyas timideces de ángel  
no deslustran las falsías  
de los mundanos alardes;

y es sólo con sus encantos  
regocijo de quien ame  
las fruiciones no sabidas  
de lo vago y lo impalpable!  
En sus entornados ojos,  
por ignorado contraste,  
hay húmedos parpadeos  
y refulgencias brillantes;  
y visos tornasolados  
en el ligero ropaje,  
y fulguraciones de alas  
que vibran y luego caen!  
Ama el plácido reposo  
de los escondidos valles  
y del sueño que descende  
las dulces serenidades;  
y así con mudo embeleso  
en admirar se complace  
cómo la luz se adormece  
en el seno de los mares,  
cómo el soberbio monarca,  
buscando las sombras, abre  
los cortinajes de púrpura  
que son de su lecho realce;  
y allá en el fondo, temblando  
en mil vistosos cambiantes,  
filigranas de oro mira  
y relucientes estambres,  
y á los pies del regio lecho  
alcatifas orientales  
en cuyas felpas mullidas  
brillan mil rojos granates!  
Cuánta riqueza! Y en cambio

ella, la virgen, la Tarde  
sólo tiene por arreos  
leve túnica flotante  
tejida con tal de sombras  
y vaporosos encajes,  
sobre la frente diadema  
de pálidas claridades  
y perlas de grises tonos  
en ajorcas y collares.  
Cuán hermoso, cuán hermoso  
es por sencillo su traje  
donde las rubias espigas  
ponen sus áureos esmaltes.  
Qué bien se concierta en ella  
lo reposado y lo suave  
con esa melancolía  
de su tranquilo semblante!  
Cuántas cifras misteriosas  
de tristezas inefables  
confusamente parecen  
bajo su manto velarse!  
Cuál sube su pesadumbre  
cuando observa que se esparcen  
y van borrando las formas  
sinistras opacidades;  
y que en el pardo horizonte  
el sol que en su lecho yace  
deja jirones tan sólo  
de desteñidos cendales.  
Baja la sombra y parece,  
cuando sus velos expande,  
que el dominio de la tierra  
con la luz mide y comparte;

pero es pérfida la sombra,  
incauta y frágil la Tarde,  
y á la perfidia el incauto  
cede vencido en el trance!  
Vedla: recoge sus alas  
y su túnica flotante  
y se rinde en el regazo  
de la tierra imperturbable . . . . .  
Rayo moribundo y leve  
de tonos crepusculares  
envuelve apenas su cuerpo  
en vagas diafanidades;  
pero en su muda agonía  
tiene espasmos rutilantes  
y juntamente miradas  
de livideces mortales!  
La sombra triunfa, ella muere,  
pero sin celos ni afanes,  
como un beso que vibrando  
muere en los labios amantes,  
y el buen Dios, que compadece  
y ama á los humildes, hace  
á la virgen solitaria  
espléndidos funerales:  
Naturaleza es el templo,  
y por sus lóbregas naves  
majestuosamente cuelgan  
enlutados cortinajes,  
que fingen por la negrura  
de sus pliegues de azabache  
las alas encarrujadas  
de murciélago gigante.  
Emblema que simboliza  
nuestro sino miserable,

negro túmulo la sombra  
semeja en las soledades,  
por cuyos antros escuetos  
se ajagan y se deshacen  
de la fábrica imponente  
los contornos ondulantes!  
Bajo los paños mortuorios  
blandones trémulos arden  
á cuyos rayos clarean  
las hondas concavidades,  
y recogiendo los pliegues  
en que los velos se parten  
broches de plata bruñida  
argentado brillo esparcen.  
Coro de voces insomnes  
en concierto inextricable  
salmodia confusamente  
no sé qué extraños cantares:—  
quejas, suspiros, arrullos,  
estallar de besos, ayes . . . .  
salmo de lo incomprensible  
leyenda de las edades . . . . .  
que no son voces humanas,  
sino el augusto lenguaje  
con que natura conversa  
ante lo eterno y lo grande!  
¡Oh grandeza de lo eterno!  
¡Oh quietud de lo insondable!  
Yo quiero bajo la noche  
en vuestro seno abismarme  
y que hagáis cuando yo muera  
mis humildes funerales!

JUSTO A. FACIO.

## MENUDENCIAS FILOSÓFICAS

---

### II

#### CUERPO

**S**i no me equivoco, en mi artículo anterior quedó sentada como base de mi teoría hominal la existencia de una como atmósfera espiritual, dentro de la cual «vivimos, nos movemos y somos».

Esta alma universal, si la vida es como quiere Schelling una «tendencia á la individualización,» funciona en cada *cuero* según *ella* y *él son*, á saber, sobre un principio fijo y permanente (*psyche*) y en forma variable, fenomenal (*physis*).

La ciencia nueva, en efecto, que se distingue con el nombre de *psicofísica*, estudia

las funciones orgánico-espirituales del sér de razón, y yo entiendo que según es el organismo, cuerpo, así funciona el principio, alma, que individualiza y da carácter y personalidad á cada uno.

Nada se crea ni se aniquila en el Universo, al decir de los químicos modernos, y de aquí resulta que la preconizada inmortalidad del *alma* aplicase también necesariamente al *cuerpo*; mas como el espíritu es universal y su concreción individual es el alma de cada uno, así el cuerpo es concreción personal de la materia, y desapareciendo por la muerte la unión psicofísica, desaparece por tanto el funcionamiento orgánico-espiritual; ya no persiste el *yo*, no hay individuo desde que ha cesado la vida

Esto, que parece una perogrullada, es, sin embargo, base de un sistema: el alma es organismo espiritual, como el cuerpo es organismo material; las funciones de aquélla cesan cuando ésta no funciona.

No me atrevo á precisar las consecuencias que de tal aserto se deducen, porque temo demasiado el choque contra creencias y preocupaciones arraigadísimas, tanto más afladas é hirvientes cuantos más siglos han pasado por ellas, y porque, además, aquí sólo me propongo tratar del cuerpo.

El espíritu y la materia son dos infinitos que se compenetran.

Para quien haya visitado el vasto campo de la biología y sus circunvecinas la fisiología y la anatomía, huelga que yo entre en los detalles, hechos y circunstancias en que se funda cuanto voy á decir; para los extraños á esas ciencias está demás que trate de las teorías de Herbart, de Virchow, de Helmholtz y cien más que han escudriñado los misterios de la morfología, que tiene más mitos y dogmas que cualquiera de las religiones conocidas y que es, á su vez, una como religión del porvenir.

El pensador Spencer, escribiendo antes de que Pictet consiguiera bajo fortísimas presiones hacer cambiar de estado al hidrógeno, y razonando según lo que hace cincuenta años se conocía acerca de gases incoercibles, hubo de construir preciosas conclusiones sobre los cuatro *elementos* que constituyen todo organismo y formó admirables combinaciones kaleidoscópicas sobre el presentarse el carbono puro sólo en el estado sólido y sólo en el gaseoso el oxígeno, el hidrógeno y el ázoe. Las combinaciones progresivas y regulares de este último  $Az O$ ,  $Az O^2$ ,  $Az O^3$ ,  $Az O^4$ , etc., es decir, protóxido de



---

nitrógeno, bióxido de nitrógeno, ácido nítrico, hipozoico, etc., así como las series estrictamente matemáticas de los otros, diéronle lugar á él, como á los demás sabios, para inducir leyes biológicas que imponen la admiración y el respeto más profundo hacia el plan evolutivo natural.

Yacen, no obstante, en el misterio, según confesión de Budge, los procedimientos intrínsecos de la materia en su proceso orgánico, y es todavía un arcano la unidad elemental de la materia. El número de cuerpos simples se multiplica conforme adelanta la ciencia en su investigación del protoplasma universal y ramificanse los pareceres más y más cada día en lo tocante al núcleo, al nucleolo y á la célula del organismo.

Desde el punto de vista de lo animal ha pretendido Owen hallar en la vértebra originaria ó *ideal* la resolución morfológica de los organismos superiores. «Fuera de los apéndices divergentes, dice Spencer haciendo la crítica de la teoría, compónese ese *arquetipo* en su plenitud constitutiva de un *centro* en torno del cual irradia el resto, teniendo encima dos *neurapófisis* que convergen arriba y forman con aquél un espacio próximamente triangular que contie-

---

ne el arco *neural*; debajo del centro dos *hemapófisis* y una espina *hemal*, que forman un arco hemal semejante al arco *neural* de encima, que tiene una espina *neural* correspondiente; dos *pleurapófisis* laterales y dos *parapófisis* divergentes inferiores á aquéllas.» Y esto es lo que Ricardo Owen llama *elementos autógenos*, como quien dice, un animal embrionario, que se me parece mucho á los muñecos que los chiquillos suelen pintar en sus primeros impulsos artísticos sobre cualquier pared ó acera. Cuatro apófisis dobles y dos ejes espinales: he ahí un hombre prototípico. Lo cual es algo menos que el «hombre de Platón,» según el Cínico.

Sobre esto viene de adehala lo que el sabio Owen llama *elementos exógenos*, que es como quien dice miel sobre hojuelas: *diapófisis*, *parapófisis* y *zigapófisis*. Especie de uniforme de la figurilla original.

Y en el asunto divergen Duméril, que considera la cabeza como *una* vértebra; Oken, que ve en ella *tres* vértebras; el mismo Owen *cuatro*; según la idea de Goethe, Carus que eleva su número á *seis* y Geoffroy de Saint Hilaire hasta *siete*.

Puede decirse, pues, que, aceptando la vértebra-tipo, los diversos seres orgánicos

serán una incompleta ó completa ó un sistema de vértebras-tipo, como quien dice, constelaciones vertebrales.

Pero repito que no es mi objeto profundizar, no me suceda lo que á Claudio Bernard en este terreno, ó al pícaro de Leo Taxil en punto de masonería.

Mi tesis es más sencilla y libre de contradicciones dogmáticas.

Ya en otra ocasión y como preliminar á unas lecciones de psicología, he expuesto algo de ella y pienso que todavía ahora no quedará completa.

*Omnia in pondere, numero et mensura constant*, es aforismo aristotélico muy digno de respeto, y sábese á cuántos cálculos se presta el sistema famoso de Pitágoras que con otros sofistas se empeñó en estudiar la matemática del universo.

El número 3, es base de la naturaleza, vista por el hombre, que tiene tres facultades y, en efecto, todo cuanto concebimos es trino y los términos del juicio y las proposiciones del argumento-tipo, y los aspectos sucesivos del tiempo y las dimensiones del espacio, son como los llamados *reinos de la naturaleza* tres, ni más ni menos que tres.

De ello se ha escrito tanto y con tanta gracia y propiedad, que no tocaré aquí más que el punto que es objeto de mi disquisición.

Descubierta la célula y su evolución genérica por Schwann, pareceme que todo otro invento para explicar el *cómo* de la generación orgánica es perfectamente ocioso.

«Las observaciones enseñan hasta el presente, dice Budge, que hay (en la célula) una tendencia particular á la división en *tres* partes: según la anchura el germen se divide en tres cavidades; según el espesor, en tres hojas, y según la longitud en cuerpo anterior, ombligo y cuerpo posterior; en casi todos los órganos internos se pueden observar tres capas.»

En el organismo corpóreo plenamente desarrollado encuentro tres grandes sistemas: huesoso, muscular y nérveo, en que me parecen dominar respectivamente las leyes geométricas de la línea, del ángulo y del círculo, ó sea una, dos y tres dimensiones en cierto sentido.

Quiero decir que el esqueleto óseo, rígido y resistente es la extensión lineal, una serie de palancas y sus derivadas mecánicas articuladas mediante fuerzas angulares ejercidas por el sistema miológico, al influjo de

las corrientes circulares nerviosas, que son como una red cuyo centro se halla en el cerebro, cerebelo y médula oblongada, y que se ramifica por el gran simpático, derivaciones papilares y ganglios.

A su vez cada uno de estos sistemas puede considerarse dividido en tres subsistemas, clasificando huesos largos, planos y anulares; músculos propios, vísceras y vasos, y las tres secciones ó grupos de nervios antes aludidos.

Las grandes funciones verificadas por el organismo corpóreo son de nutrición ó conservación del individuo, de reproducción ó conservación de la especie y de relación genérica mediante los sentidos.

Dejando las dos primeras fuera de este ligero estudio, que no quiero hacer demasiado extenso, en cuanto á la relación sensacional, hallo otra vez que los llamados órganos de los sentidos se pueden y deben considerar de tres especies: los tres primeros y de más sencillo organismò, el tacto, el olfato y el gusto funcionan por oposición directa, por impresión superficial de los objetos ó sus emanaciones sobre los aparatos correspondientes; la vista funciona á distancia y angularmente mediante inversión refleja de las imágenes

---

de los objetos, y el oído, en fin, se impresiona por ondas ó esferas sonoras.

Sí: yo necesito tambien hacer paréntesis, pues es claro que quien me tilda de metafísico, cuando precisamente intento traerlo todo al terreno de la naturaleza y explicármelo todo *físicamente*, no ha tenido tiempo para juzgar la escolástica de que Voltaire supo *réirse á tiempo*.

Andando éste un poco más, entiendo que la misma biología y sus misterios provocarán el gráfico *riktus* en quien pueda ser el *Arouet* del siglo XXV contra las lucubraciones de los que para entonces seremos edad media.

Según mi teoría, la *metafísica*, es decir, lo ininteligible, es tan relativo como todo lo demás. Para el que no ha saludado ó siquiera conocido de vista, como Voltaire decía que le pasaba con Dios, las matemáticas, la teoría de los números primos es metafísica pura; y bien se puede entender que para los aficionados á la literatura ligera y dicharachosa todo lo que se salga de ese molde común de la *novelería* es *ultrametafísica*, si vale el vocablo.

Dicho esto de paso y sin agravio de ABINDARRÁEZ, que es por cierto galano y discreto escritor, continúo en mis disquisiciones físicas, que si llamo *menudencias*, no es

porque el objeto no sea en sí mismo grande y digno de más profundo estudio, sino porque de mí no pueden salir ni ideas ni teorías que necesiten para contemplarse telescopio.

Pienso que el organismo corpóreo modifica en cada individuo el modo de sér del alma, ó lo que es lo mismo, que se da con precisión matemática el hecho mecánico del funcionamiento según el estado de la máquina, y así pueden explicarse las diferencias geniales, intelectivas, nosológicas, etc. de cada sujeto.

Cierto que el aspecto corporal puede muchas veces darnos la desmentida más alarmante, pero acaso un examen más profundo del organismo (cuando la ciencia llegue á ese peldaño de la escala ascendente en que ahora parece ir), llegará á darnos la razón.

¿La locura, el idiotismo, la embriaguez, las enfermedades en general son otra cosa que lesiones orgánicas ó alteraciones más ó menos profundas de la economía física del individuo?

¿La herencia y el atavismo no se explican por circunstancias similares?

Ahora bien, Carlos Darwin ha hallado incompleta la serie animal, y como su propio aspecto le llevaba á pensar en el simio, ideó el *missing link* para llegar al hombre.

No quiero decir que no se haya perdido á través de los tiempos ese pariente colateral del cuadrumano y del bípedo; pero entiendo que el hombre es resumen y substrátum de la animalidad, y acaso, como dije en mi artículo anterior, de la creación natural entera, *microcosmos*, y así este organismo tan escudriñado y expurgado desde la época espermatozoaria hasta su momento de decrepitud, tiene por antecedentes biológicos lo inorgánico, lo orgánico incompleto ó vegetal y lo perfecto orgánico ó animal.

Cuando Spencer trata de fenómenos superorgánicos, él, que no quiere entrar en el estudio de lo *incognoscible*,—que, si no fuera irrespeto, llamaría yo simplemente *desconocido*, pues aunque no lo conocemos *todavía*, á ello vamos,—me parece que olvidó que su teoría evolutiva abarca la evolución infinita.

El hombre es una síntesis.

Cuando se conozcan por el análisis todos los elementos que en él entran, podráse ver que no es un nuevo eslabón más en la cadena de los seres, sino una rueda nueva en la teoría de los torbellinos, una *mónada* nueva y superior en el plan inmenso de la materia y de la idea.

¿Cuál no será mi propio asombro al encontrarme, por razón de la alusión á la fiso-



---

nomía de Carlos Darwin, ante el nuevo problema de la semejanza aspectiva y estructural del hombre con los demás seres?

No me atrevo á hacer comparaciones con los minerales ni aun con las plantas; pero sí puedo afirmar que hay hombres-monos, hombres-perros, hombres-loros, etc., etc., etc.

Sin agravio de nadie, y á reserva de juzgar con más calma este asunto, recordaré que ya un pensador y literato eximio español, de la primera y mejor parte de este siglo, propuso la idea de prolongar con cierta exageración las líneas faciales de las personas para llegar á una perfecta transformación animal.

Hay quien lleva en su cara y aspecto felino el arcano de sus instintos todos y de todas sus inclinaciones; hay quien como la urraca *coge* y guarda inconscientemente; quien invenciblemente odia y persigue como chacal; quien se duerme comiendo porque ostenta en su faz las trazas del lirón ó del topo, *et sic de cæteris*.

El cuerpo dice lo que es uno: la configuración es en último análisis, un dato seguro para el conocimiento íntimo del sér.

Y vaya ello, burla burlando, en descargo de las antiguas teorías de la metempsícosis y del fetiquismo naturalista.

La novísima teoría penal ha estudiado las inclinaciones irresistibles, que son una atenuante en el juzgamiento de los delitos.

Sé que todas éstas pueden ser tildadas como heregías científicas; pero, para mí, la mayor de todas sería que el asunto que trata se llamara *metafísico*.

JUAN F. FERRAZ.

«O»

# CROMO

Á RUBÉN DARÍO

Autor de los *Fotograbados*

—O—

**E**n los lienzos de múltiples colores  
Que trazan atrevidos tus pinceles  
La escena universal retratan fieles,  
Mas bañada de nuevos resplandores;

Y en tus frases, también, altos clamores  
Se oyen, y como choque de broqueles,  
Y de grandes batallas los tropeles  
Y de ejército inmenso los rumores . . . .

No un *Rubén* me pareces, de los Andes,  
Sino un *Rubens* audaz, como el de Flandes  
Colorista de ardiente poderío;

O, á la cabeza de orientales huestes  
De armas brillantes y lujosas vestes,  
Entre asiáticas pompas, un *Dario*.

1890

NUMA P. LLONA.

## RETRATO A LA PLUMA

A mi amigo Ramón A. Salazar

---

CUANDO me pongo á pensar en mis amigos y compañeros de letras centroamericanos, y se complace mi alma por la gloria que muchos de ellos reflejan sobre aquella tierra inolvidable y querida, mi memoria más de una vez se ha detenido en su vuelo para acariciar el recuerdo de Domingo Estrada, escritor simpático en quien me parece ver representado el espíritu noble y luminoso de la generación nueva que allá surgió al calor de la libertad y de la reforma.

---

Conocí á Estrada personalmente en las postrimerías del año 1879, en Guatemala, la ciudad de su nacimiento, en la época brillante de su vida, cuando se pasaba los días haciendo derroche de ingenio en los periódicos, en la sociedad literaria «El Porvenir», en los círculos de sus amigos, en donde quiera que él llevaba su pluma prestigiosa y fecunda ó su palabra locuaz, encantadora, traviesa, como pocas divertida, rica de primores y donosuras, y á veces, muchas veces, punzadora y cortante con su crítica amablemente burlona é ingeniosa.

Por sus escritos ya le conocía desde antes; y me había encariñado con él por lo especial de su frase, por lo nuevo y noble de sus ideas, por su estilo brillante y sencillo á la vez, por sus decires picarescos é intencionados, en una palabra, por su alma, que á pesar de la risa continua que oía sonar en los artículos y versos que él producía, se me revelaba muy tierna y dulce, apasionada y muy triste.

Desde que le vi, le quise más; y no me sentí en error por lo que de su alma me había figurado, con todo y que al hablarme por primera vez, fué con la risa estrepitosa en los labios, en un corro de amigos alegres, al parecer olvidado del mundo espiritual en que mi

---

imaginación le tenía viviendo. La mirada lánguida de sus húmedos ojos, como perdida en la contemplación del infinito azul, y el pliegue de tristeza de la comisura de sus labios, formaban, en verdad, contraste con su charla jovial; y pude yo adivinar que había en Estrada un espíritu superior, escondido como ave tímida á la cual se la hubiera tomado de las alas para que no volase afuera á desperdiciar el canto.

Había que observarle atentamente para sorprender el secreto de su alma de poeta. En su cara, sin un solo rasgo vulgar, se leían signos explicativos de su verdadero carácter; y en el momento mismo en que de sus labios salían juguetones los chistes y acerados los dardos del ridículo, había en sus pupilas efluvios de ternura, emanaciones de una bondad que él, por extraña aberración ó prematuros desengaños, trataba de disimular, ya que le era imposible negarles salida.

Hallábase entonces Estrada en la aurora de su vida literaria, que coincidió con los albores de la libertad de su patria, en cuya política entró de lleno: soñador, activo, con el espíritu inquieto y ganoso de espaciarse en el campo de la nueva vida que al favor de la reforma se ofrecía á la sociedad guatemal-

teca, su naturaleza de artista se modificó un tanto en un ambiente que tan bien se avenía con su ingenio y sus deseos. Le gustaba hacer reír, aunque él estuviera en lo interior llorando, y se dió á ridiculizar malas costumbres con frase chistosa; y en tanto que el reformador audaz de su patria echaba abajo, materialmente, puede decirse, el edificio levantado por el fanatismo religioso en treinta años de servidumbre, él ridiculizaba sin piedad la tradición ominosa, hería con la pluma á sus representantes y hacía burlas y juguete de todo aquello y todo aquel que de alguna manera contradecía su credo político de liberal irrestricto ó se oponía á sus ideas nuevas en literatura, ciencias y artes.

Entró en la política en época de revolución y de lucha, enamorado de la libertad. Era preciso emplear en el combate todas las buenas armas, y él sabía que las de la inteligencia son las que mejor hieren de muerte, por lo cual esgrimió las suyas, las más poderosas, yendo de aquí á allá con el decir punzante, con la crítica sin misericordia, con la pluma que cortaba en el gangrenado cuerpo social para curarlo, y cuyas cicatrices borraha él con besos. Después de la epístola satírica, producía una rima dulce y consoladora,

---

tras la burla daba el abrazo, y tras la maldición al pasado oprobioso y obscuro, entonaba el hosanna al porvenir augusto y luciente de la democracia.

En esas batallas sociales y políticas necesariamente tuvo que recibir Estrada los golpes de sus contrarios. No todos sondearon su alma, pocos le comprendieron; y después de los días aquéllos de su labor intelectual en el periodismo y en la cátedra, y de su vida social, en qué vivió, como dije al principio, derrochando ingenio, pródigo de gracias y donaires, con el corazón abierto al amor, al patriotismo y á la amistad, le he vuelto á ver, ausentes los dos de nuestra centroamericana tierra, siempre con la mirada lánguida, pero ya no con la sonrisa en los labios, porque le enfermaron el corazón los desengaños.

En la nueva generación literaria de Guatemala á que Estrada pertenece, no se dió nunca ejemplar más cumplido de artista que él. Siente hondo y fuerte, tiene una imaginación brillantísima y un gusto literario exquisito. Sus artículos de costumbres, escritos en los comienzos de su carrera, manifiestan en la forma, apego al clásico estilo español; en cuanto al asunto, son esencialmente nue-



vos, nacionales, inimitables. Y cuenta que los escribió en el mismo campo en que José Milla, á manojos, segaba laureles con su pluma de articulista de costumbres. Con todo, Estrada logró hacerse notable al lado del donoso don Pepe, escribiendo con acierto y novedad ese difícil género, aunque no perseveró en su cultivo. Sin embargo, lo poco que escribió perdurará en la literatura de Centro América. Después se ha afiliado á la moderna escuela, que en estos momentos está produciendo una revolución literaria en el mundo. Sigue á los naturalistas franceses, enamorado de sus obras; y aquí cabe apuntar que Estrada entiende y profesa el sistema nuevo sin sus viciosas exageraciones ni sus amargas y desconsoladoras enseñanzas. En un magnífico juicio crítico que acerca de Alfonso Daudet ha escrito, expone las ideas de su credo literario, se afilia á los innovadores y los defiende de los ataques de la gente intonsa y los asustadizos moralistas que han dado en la flor de condenar el naturalismo, sin darse exacta cuenta de lo que esta palabra significa, aplicada á la escuela que han sacado victoriosa los predecesores y discípulos de Zola, desde Honorato de Balzac hasta Paul Bourget.

Palpitante de vida es la prosa de Estrada, merced á la riqueza de las ideas y al espíritu nervioso que la estremece y hace sonar como arpa bien templada y sonora. En Estrada se confirma el dicho de Banville, de que el poeta piensa en verso, pues sin sentirlo él escribe armoniosas las cláusulas de su prosa, con la diferencia de que al hacerlas salir de la pluma las desembaraza de la miel del consonante, para que corran libres, con más sencillez y más republicana llaneza.

Las producciones en verso no formarían un grueso volumen. El mérito de ellas está en la calidad y no en la cantidad. Son pocas, pero originales, tiernas, filosóficas, nacidas del corazón. No se encuentran en ellas cosas comunes, y aunque, según el raro decir de Richepin, las ideas son rameras sobadas y asquerosas que á todo el mundo han pertenecido, las ideas de Estrada aparecen frescas, resplandecientes, vírgenes, ya porque en realidad lo son, ó ya porque con el beso fecundo de su genio las rejuvenece y brillante y purifica.

Quien trate en la intimidad á Estrada, descubrirá en él lo que en la vida real trata de ocultar, su alma, y sus apasionamientos por la belleza en sus diversas mani-

festaciones. Le ha hecho mucho daño el mundo de los hombres, se ha refugiado en sí mismo, y allí hay que ir á sorprender los tesoros de su espíritu y de su inteligencia, haciéndose de su confianza y su cariño para arrancarle algo de lo que escribe para darle pasto á su alma: artículos y versos que guarda inéditos y que se está acariciando y puliendo, como un amante acaricia y pule la mano de su amada, aunque de suyo esté limpia y perfecta.

Yo le robé de su áureo cofrecillo misterioso una joya preciada, un artículo sobre Navidad, que escribió en Nueva York, viendo caer tras los cristales, turbios como con lágrimas, en anchos copos, la nieve tenaz y silenciosa. Y era, en verdad, una joya ese artículo, un poemita triste y dulce, dedicado *A ellos . . . .*, á sus hijos tiernos é inocentes, cuyas cabecitas besaba en sueños en la noche de su nostalgia.

Y le quité de entre las manos, al léerme-la, la versión libre que hizo de *Las Campanas* de Edgar A. Poe, que no quería publicar porque «después de la versión de *El Cuervo*, del mismo Poe, hecha por nuestro amigo Pérez Bonalde, era una torpe osadía salir con

aquello»; y *aquello* se dió á la estampa, produciendo aplausos de admiración. El mismo Pérez Bonalde me dijo que era versión magistral y envidiable la de Estrada, y que él habría querido, para gloria suya, escribirla, porque superaba en mucho al original del infortunado poeta norteamericano, que no tenía toda la novedad de la poesía de Estrada, ni los encantos misteriosos de la forma en que mi amigo había refundido originalidades de la musa inglesa en bellezas nuevas de la musa castellana. Traducir á Poe es empresa arriesgada y difícil; y Pérez Bonalde y Estrada se han connaturalizado, por decirlo así, con ese numen fantástico, extrañamente lúgubre y terrible. Diríase que también ellos con el alma triste y enferma, se han ido por entre la tiniebla fría en que Poe vivió muriéndose, para sentir lo mismo que él sintió, y poder hablarnos de sus amores y miserias, de sus ensueños y caídas, de su hastío y sus dolores, de su alma, en una palabra, de todo aquello que constituye la existencia moral de ese genio sombrío y desgraciado, á la vez que brillante y glorioso.

Una poesía más de Estrada saqué yo á luz en la *Revista Ilustrada de Nueva York*, y fué otra traducción libre, *El Resucitado*, de

Víctor Hugo, en que puso toda la ternura de su alma y todos los primores de su rima. Cogió la idea del gran poeta francés, como si fuera un ramillete de flores, y la deshizo para hacer un ramillete nuevo. No necesitaba para su intento, de todas las flores, y no las utilizó por completo, sino que cambió algunas de ellas por otras de su ameno jardín. Eso le pasa á Estrada cuando vierte al español bellezas de poetas extranjeros. Del contacto con ellos brota de su alma la inspiración, y no sólo interpreta, sino que también pule, ensancha, matiza y crea, y se va por las regiones del espíritu volando con quienes, como él, recibieron de Dios el óleo del genio y el dón de penetrar en lo infinito de la naturaleza y en lo profundo del corazón humano, fuentes eternas de la poesía única y verdadera.

Después de algunos años de vivir en los Estados Unidos, Estrada se ha ido á París. Allá está enriqueciendo más y más su espíritu y aumentando el caudal de sus conocimientos en ciencias y artes. Allá debería también hacer otra cosa: publicar un libro de prosa y verso. En nombre de nuestra patria, Centro América, yo se lo reclamo, que ella ha menester que hijos como él le den gloria

y le arrojen flores en el camino difícil que  
recorre, llena de fe y esperanza, trabajando  
por realizar sus destinos grandiosos.

Washington

ROMÁN MAYORGA RIVAS.

«O»

# NEGRO

A Pedro Ortiz

Oh! ven, mi compañera,  
mira el campo marchito  
y cómo el manto de los cielos cubre  
el mundo muerto con sudario frío!  
Hay silencio de tumbas  
y soledad de abismo,  
calor de rayo en los deshechos troncos,  
y aires de tempestad en el vacío...  
Al través de la bruma que descende,  
destello de sol lívido  
sobre el túmulo negro de la selva  
mancha de sangre reflejando miro!  
La fuente que discurre  
bajo los secos tilos  
con doliente estertor de moribundo  
interrumpe el sopor de lo infinito!  
Acá es el sauce viejo  
con la frente cuajada de rocío,  
ú cabellera blanca semejante,  
un anciano que llora sin gemidos!  
No hay pájaros... ni tiene  
ya la curamada trinos...  
los pichones... ¡quién sabe!

Del árbol amarillo,  
que el rayo ardiente despojó de ramas,  
cuelga el nido vacío!  
Mira la vieja choza  
del venturoso labrador abrigo...  
bajo el dintel de la vetusta puerta  
tiritan solos y sin pan los niños!  
¡Oh pavor de los triste!  
¿No tienes como yo terror y frío?  
Quiero sentir muy cerca  
el calor de tu arrimo!  
¡Tengo miedo! ¿No escuchas?  
El viento, ya sin brío,  
lanza, como una bestia que agoniza,  
dolientes resoplidos!  
De grajos agoreros de las cumbres  
baja el lúgubre grito,  
como un canto salvaje de victoria  
en campo de cadáveres tendido!  
¡Oh tierra desolada!  
el alegre vergel del claro estío  
bajo soplo de muerte  
es un lugar estéril y maldito!  
¿No lo miras? ¿qué buscas...?  
¿Es que te ofusca el brillo  
con que falaz naturaleza mofa  
mi acento conmovido?  
Baja la frente triste,  
asómate al abismo...  
y aquí en mi corazón, oh mi adorada,  
mira el cuadro sombrío!

JUSTO A. FACIO.



## CRONICA

---

No busquéis en el presente número el camafeo admirable de Rubén Darío. El poeta de visiones dantescas, el enfermo de tanatopsis, el de las grandes nostalgias por París, nos ha dejado. Está en Guatemala con su lira de oro, su pluma azul y su imaginación vibrante. Todos los días, á la hora del trabajo, lo echamos de menos en la oficina del *Diario del Comercio*. Facio, nuestro Villemessant, ha dado en regañarnos más desde que el buen Rubén está ausente, como si tuviéramos la culpa de no poder escribir un cuento azul ó un verso alado; parece que debiéramos prorratearnos la ración que le tocaba al «poeta quintaesenciado» como lo llama Salvador Rueda.

Pero Rubén ha partido á buena tierra: los guatemaltecos, que rayan muy alto en materia literaria, gustarán mucho de sus páginas de arte. Allí, seguramente, concluirá su poema «El Diablo», cuyas primeras estro

fas conocimos sus amigos allegados. ¿Sabéis lo que es «El Diablo?» El sueño de un loco que descende al abismo, asciende al éter, y desde la cima del Himalaya canta á la virtud humana apoteosando á Cristo y la grandiosa leyenda bíblica.

Rubén volverá pronto y para entonces nos ha prometido fiesta espléndida el regañón Villemessant.

\*  
\* \*

Otra cuartilla, la cuartilla para las jóvenes; algo así como una estrofa de amor, música y flores; pero no será posible: los salones dan bien poco material. San José está triste: hace días la zapatilla de baile está olvidada y el clac guardado entre su caja de cuero. Los primeros días del invierno ¡siempre son tan tristes! Cada casa es un jardín de las Hespérides; mas ¿no habrá un Hércules que reúna la delicada flora en un salón de baile? Esperad: ya comenzarán las veladas. Acaso los Herrán; quizás el caballero Cooper; tal vez Mariana de Gutiérrez; esperad.

\*  
\* \*

El rey bebé, el chiquitín aquél que se pasea en su cochecito por las alamedas umbrosas de la Casa de Campo, al amparo de su nodriza, Don Alfonso XIII, rey de

España, fué festejado suntuosamente en la fecha de su natalicio. Nuestro estimado amigo el señor Collado y la colonia española, obsequiaron á los amigos del rey bebé. Claro está que en casa del Sr. Collado se dió cita la *crémz* de la sociedad. Hubo brindis que pusieron de manifiesto una vez más la simpatía de Costa Rica por la madre patria. Alguien hizo vibrar la palabra; produjo una armonía como la música del arpa: era un brindis del Doctor Zambrana. El rey bebé debe de estar contento.

\*  
\* \* \*

Diremos *coda* en vez de final; porque vamos á referirnos á la admirable artista Otero, y hemos de hablar en técnico. Anita, esa morena ardiente, se ha posesionado del arte con toda la prepotencia de la pasión tropical. Tiene inspiración, y habilidad pasmosa en la mecánica del arte. La nota que ella arranca al mueble negro de Blanca dentadura vibra, gime, canta, como si la morena pálida lo hubiera hipnotizado.

Norma, Hernani, Fausto, salud; Anita Otero os interpreta.

Hasta la vista, mi buen Villemessant.

MANUEL ARGUELLO DE VARS.

## NOTAS

---

- Salvador Rueda nos ha favorecido y honrado por manera singular escribiéndonos bondadosa carta. Hay en él ingenuidad de alma y entusiasmo de artista, y resplandece, sobre todo, en sus conceptos, una benevolencia que estimula de manera muy viva las simpatías de que como poeta y como prosista es él merecedor. No necesitamos, para justificar la complacencia que testimonio tal de simpatía nos causa, apelar á los títulos que en el mundo literario tiene ganados el bizarro y joven poeta español. Salvador Rueda es una naciente gloria hispana que se abre camino triunfal al través de la América Latina. Su carta pone de relieve las altas dotes de egregios poetas hispano-americanos; pero al tratar de nosotros, forzoso es reconocer en él aquella noble cualidad de carácter á que antes hemos aludido y que sirve para trazar de lejos su fisonomía moral: la benevolencia. Pecaremos quizás de indiscretos; pero no resistimos á la tentación de publicar, en honra de la *Revista de Costa Rica*, la preciosa carta del bondadoso poeta. HeLa aquí:

*Sr. D. Justo A. Facio.*

### MI RESPETADO COMPAÑERO Y ADMIRADO POETA:

Con la alegría con que yo recibo todas las cosas de América, más los libros y periódicos, ha sido recibida en mi casa su *Revista de Costa Rica*, con varias poesías de U., que me han gustado mucho. El soneto *Crisálida* es lindísimo y acusa en U. un senti-

miento muy fino y hondo del misterio, ó alma de las cosas. *Vértigo*, con su marcha y andar rítmicos, que tienen sello especial, con sus salidas geniales y esa resplandecencia de la literatura americana, me gusta mucho también: hay en ustedes los que cultivan la poesía, del lado allá del mar, un impulso valiente, una fuerza ciega para florecer en rimas y música hablada las ideas, que no pueden ser más de mi agrado. Hay además en ustedes, llamaradas hermosas, relámpagos de inspiración que describen rápidos zig-zags en el espíritu. Nájera es un entendimiento que me enamora; Rubén Darío es un elegante, un *quintaesenciado* que vale un tesoro; Peza es un raudal de sentimiento, y otros, y otros, llevan en la fantasía y en el corazón privilegiados dones de artistas. Así es que cuando recibo un periódico ó libro que me trae poesía, crítica ó novela de ahí, convierto el día para mí en día de fiesta.

Así me ha sucedido con su Revista, cuyo envío le agradezco, estimando en cuanto vale la galantería.

Veo en la página 215 del último número, mi nombre escrito por U., y ¡á qué negarlo! me produce un regocijo muy grande ver que ese público y esos escritores, que tanto deseo conocer, leen mis obras y detienen la atención en ellas. Me halaga más la popularidad en América que en España. Acaso esto sea porque desde niño he deseado conocer ese país hermosísimo que tanto me parece que ha de adaptarse á lo que le gusta hacer á mi pluma. Los montes, los ríos, la naturaleza, el impulso humano, todo es ahí grande y sugestivo, todo lleva un sello de esplendidez de que se carece en España, hoy harto pobre y desmedrada para provocar grandes entusiasmos en el artista.

Alguna vez oigo aquí la voz de mi amigo don Manuel María Peralta, hombre ilustradísimo, de inteligencia poderosa, hijo de ese país, y lleno de todos los prestigios del caballero. En sus conversaciones vislumbro hermosuras de ese suelo, de ese continente que es el sueño de toda mi vida; y por demasiados respetos á don Manuel, Ministro de Costa Rica entre nosotros, no le he descubierto mi afán de que por el cargo valiosísimo que desempeña, fuese desde aquí, mi Virgilio, mi padrino y maestro, en el viaje que yo haría á través de esas regiones americanas, cantando sus bellezas.

Confiado solamente á la pluma, sería una locura arriesgar tantos peligros. Debe partirse de la base de un contrato con editor espléndido, ó ir apoyado en otras garantías que borrasen el miedo de atravesar el mar, por lo que prometiesen.

Pero esto es hablar de *la mar*, como por acá decimos: sueños y sueños que se levantan en mi imaginación cuando hablo con un americano.

Adiós, mi querido poeta; dé U. de parte mía un abrazo á esos escritores, y U. mande y ordene á su admirador y compañero  
Q. B. S. M.

SALVADOR RUEDA.

S. C. Jovellanos. 5, bajo.

Madrid, 8 de Abril de 1892.

—Honramos hoy las columnas de la *Revista de Costa Rica* con un soneto inédito de Numa Pompilio Llona. Fué ese soneto escrito por el viejo y distinguido poeta ecuatoriano en la portada de un ejemplar de sus obras poéticas con que hubo de obsequiar, hará cosa de dos años, á Rubén Darío, el egregio poeta de nuestra tierra centroamericana. De allí la tomamos nosotros para regalar á los lectores de esta publicación.

—Ha salido á luz el primer tomo de los *Elementos de Historia de Costa Rica*, escritos por el señor don Francisco Montero Barrantes. Constará esta obra de dos volúmenes en 4<sup>o</sup> mayor, y al dar cuenta de lo que á su parte material atañe, cúmplenos decir que la edición del primer volumen está primorosamente trabajada y es un nuevo timbre de la *Tipografía Nacional*. En cuanto al fondo, no nos atrevemos á hacer su elogio con igual entusiasmo: dos defectos salientes encontramos en esa obra, los cuales nos permitimos apuntar desde luego, porque su comprobación, por ser, como es, obvia, no nos obligaría á traspasar los límites que á una simple nota corresponden. Es el uno las dimensiones de la obra, que por constar de dos gruesos volúmenes, nos parece que no guarda proporción con su objeto, cual es el de servir de texto en las escuelas y colegios nacionales; es el otro, los rebuscamientos retóricos y la desmañada ampulosidad de estilo, reprobables en cualquier obra, y más chocantes aún en una obra didáctica, la cual, por su naturaleza, pide sobriedad y sencillez de estilo, firmeza de expresión.

—La *Revista de Costa Rica* tiene desde el presente número cronista fijo: hase encargado bondadosamente de esa sección nuestro joven y querido amigo Manuel Argüello de Vars, cuya pluma chispea y cuyo estilo, matizado de delicadas donosidades, va cobrando solidez y brillo. La *Revista de Costa Rica* se lisonjea de la adquisición.

J. A. F.

## INDICE

	Páginas
I.—LOLITA, por Ricardo Fernández Guardia.....	2
II.—LA TARDE Y LA NOCHE, poesía, por Justo A. Facio	26
III.—MENUDENCIAS FILOSOFICAS, por Juan F. Ferraz.	30
IV.—CROMO, soneto, por Numa P. Llona.....	43
V.—RETRATO A LA PLUMA, por Román Mayorga Rivas	44
VI.—NEGRO, poesía, por Justo A. Facio.....	55
VII.—CRONICA, por Mannel Argüello de Vars.....	57
VIII.—NOTAS.....	

# REVISTA DE COSTA RICA

---

SALE UNA VEZ AL MES

COSTA DE 50 A 64 PAGINAS CADA NUMERO

---

La suscripción por trimestre vale ..... \$ 1-50  
Un número suelto vale ..... „ 0-60

## AGENTES:

---

En Cartago .....	Don Leonidas Pacheco.
> Alajuela .....	> Luis Castaing Alfaro.
> Heredia .....	> Luis R. Flores.
> San José .....	> La Administración.

---

CALLE 18, N<sup>o</sup> 41.—CORREO: APARTADO N<sup>o</sup> 403